IGNACIO CAMACHO

CUANDO LA MAR SE CALME

Cuando la mar se calme, como dice Bono, quedará flotando la memoria desnuda del peor gobernante de la democracia

CUANDO la mar se calme, dijo ayer en su discurso de despedida José Bono —si no fuese por la certeza casi metafísica de que no se irá del todo, la vida pública española va a echar de menos a un político de su experiencia y su temple—, con la perspectiva del tiempo se apreciará «en toda su dimensión» la obra de Zapatero. Y tiene razón, pero más le vale al todavía presidente que no se cumpla el elegante vaticinio de su compañero y rival, porque en esa mar despejada del futuro quedará flotando a la deriva, sin bruma ni oleaje, la memoria desnuda del peor gobernante de la democracia. Y la distancia permitirá entonces evaluar toda la infinita vacuidad de este desgraciado doble mandato en el que, como bien sabe y lamenta el propio Bono, España ha sufrido el mayor retroceso estructural de su reciente historia.

Cuando la mar se calme será posible entender que el gran problema de Zapatero no ha sido la zozobra de esta crisis sobrevenida, sino la incompetencia original de un dirigente sin experiencia ni cualificación para gobernar una nación en cuya existencia como sujeto histórico ni siquiera creía cuando comenzó a representarla. En ese paisaje de la posteridad se reflejará diáfano el defecto de fábrica del zapaterismo, que consiste en una devastadora incapacidad intelectual para comprender el carácter complejo de la política como herramienta de solución de conflictos, y en su inmadura concepción del poder como un artilugio caprichoso de superficiales proyecciones ideológicas. Cuando la mar se calme podrá entenderse que la causa del brusco y vertiginoso desplome presidencial no ha sido el forzado ajuste socioeconómico de última hora, sino la imposibilidad de encajarlo en un discurso político trivial, indoloro y autocomplaciente, tan fantasioso que su autor se negó a admitir la evidencia misma de la recesión que ha acabado llevándoselo por delante.

Cuando la mar se calme quedarán al descubierto las persistentes mentiras del «proceso de paz» —en realidad no ha hecho falta esperar para eso—, la ausencia de un soporte de ideas sensatas tras la hueca gestualidad posmoderna de sus estrategias de corto alcance, el nefasto criterio de selección de equipos y colaboradores, la retorcida intención divisionista de leyes y alianzas tácticas, la perpetua y contradictoria rectificación de decisiones inmeditadas. Y sobre todo, se apreciará el severo daño infligido a la cohesión nacional, el debilitamiento de un modelo territorial desatornillado con una ligereza irresponsable, la impronta de discordia civil sembrada desde el trágico momento inicial de las horas amargas del 11 de marzo. Cuando la mar se calme quedará sobre su frágil espuma la incógnita sobre qué habría pasado en España si hubiese sido el propio Bono el destinatario de aquellos ocho votos que sin saberlo cambiaron no sólo el liderazgo socialista sino el sesgo de unos años sin excusa.